

MANUEL ES TONTO

1º- 3º

"¡Manuel es tan tonto!", decían los otros chicos. Claro, en cada escuela que haber uno que es el más tonto. Aquí lo era Manuel. Era bastante novato, un muchachito de la ciudad al que la madre había traído a estos parajes especiales y a la casa de esta gente especial, para que cuidaran de él. Ella había tenido que internarse en un hospital y por eso no podía ocuparse de él. Padre no tenía – eso se supo pronto.

Un día, la maestra escuchó decir que Manuel era muy tonto. En el recreo, algunos alumnos de tercer grado estaban reunidos y eran mucho más inteligentes que Manuel – o por lo menos eso era lo que ellos creían.

Al oír esto, a la maestra se le marcó ese profundo surco entre las cejas, y detrás de los lentes sus ojos echaban chispas.

-*"¡Silencio, niños!", les ordenó.*

-*"No estoy tan segura si Manuel no es uno de los más inteligentes de todos ustedes. Sólo que es distinto. Y ahora, ¡muévanse! No estén aquí reunidos para hablar mal de un compañero."*

Era poco antes de las Fiestas. En todas las casa comenzaban los preparativos, abundaban olores y sabores navideños, se susurraba en los rincones, había armarios y cofres cerrados con llave. Y todos los niños se esmeraban por portarse muy pero muy bien.

En la escuela, el último día de clase antes de las vacaciones, la maestra contó del niño nacido en un establo, acostado en un pesebre junto a un buey y un asno. Contó de los pastores que, pastando a sus ovejas, vieron abrirse el cielo estrellado y oyeron el canto de los ángeles. Contó de tres Reyes Sabios del lejano Oriente que habían visto una gran estrella luminosa, a la que habían seguido en un largo viaje y que finalmente se había detenido encima de un establo en aquel país desconocido.

Manuel olvidó totalmente dónde estaba. Cuando la maestra terminó de contar, se levantó y fue hacia ella, a pesar de que era la hora de clase. Ella usaba una cadena dorada con una pequeña cruz, y de ésta se tomó Manuel preguntando:

-*"¿Está segura de que todo esto es cierto?"*

-*"Sí, Manuel, por supuesto."*

-*"¿También eso de la estrella?"*

-*"¿Entonces habrán caminado de noche y dormido de día?"*

-*"Sí, probablemente"*

Los demás niños ya estaban conteniendo la risa porque no era costumbre aquí portarse de este modo. Solían estar quietos en sus bancos y no preguntar cosas inútiles, y mucho menos andar tocando la cadenita con la cruz que usaba su maestra. A ella, sin embargo, no le debía parecer

extraño, pues indicó a los niños callarse mientras Manuel volvía a su lugar, desconcertado y avergonzado.

En la casa de Monte Alto en la que vivía Manuel, era el padre mismo el que se ocupaba de decorar el arbolito y preparar la pieza navideña y ya lo estaba haciendo desde hace largo rato, mientras la madre preparaba la cena festiva. Los niños paraban la oreja y esperaban.

"Tú también recibirás algo", le decían a Manuel, "no temas."

De esa manera hoy todos eran buenos con él - pero él estaba esperando algo muy especial. Esperaba una carta de su verdadera madre, puesto que ya hacía mucho desde la última. Y seguramente diría en la carta que ya había mejorado su salud y que pronto vendría a casa. Y Le tenía que escribir para Navidad, de eso estaba convencido. Ya pronto llegaría la carta. Y no le importó ser mandado a buscar unos leños; así podía ver si ya se estaba acercando el cartero. Sin embargo, la carta ya había llegado el día anterior; Manuel no lo sabía. Pero no venía escrita por la madre. Y la gente de Monte Alto se había puesto de acuerdo de sería suficiente si el niño se enteraba de la carta después de las Fiestas. Para entonces, eso sí, tendría que cambiar algo, ya que la madre sólo había pagado la estancia de su hijo hasta Navidad. Y era poco probable que dejara herencia como para mantener el estado de cosas. Sin embargo, ellos no eran gente desalmada - el niño podía pasar las Fiestas con ellos.

Estaba solo Manuel allí afuera en la oscuridad con los leños -pero en realidad estaba mucho más solo de lo que él podía saber. En el hospital, su madre había fallecido unos días antes de Navidad. No traía mucha leña en cada viaje que hacía, pero sus brazos iban cargados y su cuerpecito se esforzaba cuanto podía. Pasando por la ventana, atisbó al padre atareado en la pieza navideña - seguramente no era permitido verlo así, por lo que Manuel miró para otro lado. Y -de repente- allí estaba la estrella. En lo alto, entre las nubes del cielo apenas coloreado, venía navegando una gran estrella dorada. Manuel se estremeció. Se quedó quieto donde estaba, sus bracitos aferrando los leños, sintiendo cómo los latidos de su corazón le subían a la garganta.

-¿Podría ser cierto que esto realmente fuera...?

Ahora se volvía a esconder en las nubes, apareciendo nuevamente como detrás de un velo; allí navegaba la estrella siguiendo su curso.

¡No podía ser otra que la estrella de Navidad!

La estrella de los sabios Reyes, que en aquel entonces se había encendido en el lejano Oriente y que viajaba por el cielo.

¡Allí estaba de nuevo!

Las estrellas comunes eran distintas, se quedaban quietas en su lugar - menos esas estrellas fugaces que cruzan el cielo y desaparecen.

Cuando Manuel se aseguró muy bien que lo que veía no podía ser otra que la estrella de los Reyes, se conmovió tanto que dejó caer de golpe los leños, corrió hasta el portón y tomó la dirección que indicaba la estrella.

Echaba la cabeza bien hacia atrás mientras corría, para no perderla de vista. Pero tropezó con la huella del camino, se cayó y tuvo que volver a enderezarse. Tenía que contentarse con mirar hacia

arriba de tanto en tanto. Entre uno y otro de los establecimientos de ese paraje había largos trechos, y entremedio, el camino yacía desolado. Las casa, silenciosas, mostraban sus ventanas iluminadas. Detrás de ellas iodos estaban reunidos ya para festejar -todos aquéllos que Tenían que estar juntos: padre, madre y los niños. Se tomaban de las manos, cantaban y se mostraban mutuamente su cariño. Sólo Manuel buscaba su camino en la oscuridad. Pero no se le ocurría ni por asomo pensar que su situación era de lamentar, ni que lo podrían estar buscando en Monte Alto, tampoco reparó en que no estaba vestido como para una larga caminata. Se había olvidado hasta de la carta que había estado esperando tan ansiosamente. Estaba del todo inmerso en una desconocida sensación de enorme dicha: la estrella de los Reyes Magos había sido encendida nuevamente -¡para él!

¿Adónde quería ir ella con él?

Lo guiaba hacia la madre o quizás hasta un establo donde había un niño en el pesebre

¿Qué podía saber él?

Con el corazón encendido corría al encuentro del milagro.

Manuel había recorrido ya un trecho largo y se estaba quedando sin aliento y avanzando cada vez con más dificultad. Había llegado a un paraje desconocido; seguramente había cruzado una frontera. Comenzaba a hacer frío y se dio cuenta de ello porque le castañeteaban los dientes; también sintió de repente que tenía hambre. Pero su estrella allí arriba caminaba serena, de norte a sur; la veía cada tanto. Sin embargo, nunca quería inclinarse para descender sobre una casa o un establo cerca del camino.

Manuel hundió sus manos en los bolsillos y siguió caminando. El viento soplaba fuerte y cortante; tuvo que bajar la vista. Ya no miraba con tanta frecuencia hacia su estrella, pero sabía que allí estaba.

Entretanto había oscurecido del todo. Era como si los árboles lo rodearan más de cerca. Se dio cuenta de que se había internado en un denso bosque. De no haber sido por la estrella, seguro habría tenido miedo. Levantó la cabeza para asegurarse de su guía y se quedó parado como clavado en el lugar.

¡Allí no había sólo una estrella, sino muchas de ellas!

En lo alto, entre las nubes, toda una multitud de estrellas seguía el mismo camino.

En ese mismo instante, a Manuel se le abrieron los ojos y se dio cuenta de la despiadada realidad. Eran las nubes las que se habían estado desplazando -las estrellas estaban en su lugar. También la estrella de Navidad estaba quieta, sólo que era más grande y más luminosa que las otras, y titilaba un poco como si tuviese frío.

¿Cómo se había podido equivocar tanto?

¡Si ahora lo podía ver con toda claridad!

Algo en Manuel se quebró, y lo inundó el desánimo. El milagro era una ilusión. Con la cabeza ardiente a pesar de estar temblando de frío, allí estaba parado, solo, en el bosque oscuro.

"Manuel es tonto", "¡Manuel es tan tonto!"

El compás de estas palabras acompañaba sus pasos mientras seguía caminando. No podía dar la vuelta y retomar el camino a casa, porque entonces hubiera tenido que explicar todo. Y eso él no podía.

Y sin embargo media hora más tarde, Manuel se encontraba en una cama abrigada, contándole a un hombre y a una mujer sentados a su lado todo lo que había sucedido.

Y esto fue lo que aconteció: Rafael y Olinda justo se sentaban a la mesa navideña cuando se escucharon leves golpecitos en la puerta de casa. Hubiera podido ser el picoteo de un pájaro. La choza humilde se encontraba a la vera del camino, pero ...

¿Quién podía estar andando todavía a estas altas horas de la Nochebuena?

Los tomó totalmente de sorpresa ver entrar al pequeño, tan abatido, surgiendo de la oscuridad y del frío allí afuera.

"Perdón debo haber errado el camino", balbuceó consternado.

Había un agradable calorcito en el ambiente acogedor, y olor a rica comida salía del horno. Vio a dos personas con cara de buenas sentadas a la mesa y en un rincón un árbol navideño con todas sus luces encendidas.

¿Era posible que todo esto fuera...?

Y luego se vio que sí. Las dos personas ya mayores tenían todo lo que hacía falta para festejar la Navidad. Lo único que no tenían era un pequeño Manuel. Y ahora, éste estaba parado a su lado allí en la pieza, hambriento como un lobo, para ser alimentado con esa sabrosa comida que humeaba, pasado de frío, para ser abrigado por su calor, y tan cansado que enseguida debía ser llevado a la cama que lo esperaba. Sólo quedó tiempo para preguntarle cautelosamente quién era y de dónde venía, mientras hacían lo necesario para abrigarlo.

Lo que escucharon los conmovió profundamente. Lo que no contó lo adivinaban. Un niño tan solitario en el mundo, que en la Nochebuena había salido solo al bosque, había llegado hasta ellos.

Al otro día llegó un mensajero de Monte Alto. Era el padre mismo. Había habido un gran revuelo cuando notaron que faltaba Manuel y no encontraron más que los leños tirados en el patio. No habían tenido una buena Nochebuena en Monte Alto por culpa de este pequeño forastero. Todo el vecindario había salido a buscarlo, pero recién hoy habían llegado tan lejos hacia el sur hasta la choza de Rafael y Olinda. Y ahora debía volver el fugitivo - por lo menos hasta ver qué pasaría con él.

"No", dijo Manuel con firmeza. Se le había escapado - con temor miraba de uno a otro. Luego se escondió debajo de la cama como un gato asustado.

No hubo paliza. El padre volvió solo a casa. Rafael lo acompañó hasta afuera y se los oyó conversar juntos. Es difícil decir quién estaba más contento, el que se iba o los que quedaban.

"Esto lo festejaremos como corresponde", dijo madre Olinda trayendo una cafetera y un buen plato con torta navideña.

-*"Tienes que comer, hijo mío, para que tus piernas puedan alcanzar el piso algún día, como las mías"*, comentó Rafael.

Manuel lo miró como si repentinamente hubiera despertado de un largo sueño.

-*"Quiero saber una sola cosa"*.

-*"¿Qué, muchachito?"*

-*"¿No habrá sido después de todo la estrella de Navidad?"*

Aportación de Lourdes Parada